



El destino final de Dayu Matsumura

Ángeles en Tokio III

Naru Ishida

No está permitida su libre distribución ni intento de plagio.

www.naruishida.com



Capítulo 25

Mi dulce Prisionera II

No sabía cuánto tiempo había pasado, pero Dayu continuó pasando páginas, leyendo cada vez más deprisa, pues todo aquello le tenía que conducir a alguna parte.

18 de Septiembre de 1994

6º día de confinamiento

Era el amanecer del día siguiente tras saber la cruel noticia. Me desperté extrañada, me había parecido oír algo, pronto lo volví a escuchar, como un tiro que sonaba en la lejanía. Todo estaba extrañamente tranquilo, pero tras un rato sin aparecer Saito, como era su costumbre, decidí levantarme y quitarme la venda que cubría normalmente mis ojos. Entonces dirigí la mirada a la puerta, era extraño... estaba entreabierta y juraría que anoche la cerró Saito con llave.

Decidí vestirme y todo lo despacio que pude me acerqué a la puerta, viendo por primera vez, lo que había al otro lado. Todo estaba en calma, en silencio, no parecía haber nadie. Me mordí el labio y me aventuré, crucé la puerta, que daba a un pasillo y luego a una sala de estar. No

había nadie. Luego lo volví a escuchar, otro tiro, que sonaba fuera, haciendo eco. Pude ver a través de las ventanas que estaba en una casa de campo, ¿estaría a las afueras de Tokio?

Observé todo con detenimiento y luego mi vista se posó en una mesa en la que había preparado un abundante desayuno, sin embargo la casa parecía estar completamente vacía. Sobre la mesa había un papel de fax que rezaba: “El plan ha fracasado, encárgate”. Un sabor amargo se me formó en la garganta, no obstante, seguí mi lento recorrido hacia la puerta, el corazón me palpitaba con fuerza, ahí fuera estaba mi libertad. Era curioso, también se encontraba abierta...

Un extenso campo se encontraba frente a mí, la libertad estaba marcada por un camino de tierra y gravilla, si conseguía llegar hasta una carretera... de pronto otro disparo. La curiosidad hizo que me girase para ver de dónde provenía. Entonces le vi, no estaba muy lejos. Parecía estar practicando tiro pues tenía una larga fila de botellas dispuestas para disparar. Saito parecía estar muy concentrado en lo que hacía, sujetaba firmemente la pistola, apuntaba y disparaba con gran precisión, sin fallar. Él no podía verme pues se encontraba de espaldas. Por un instante, dudé, observé el camino y luego le observé a él, su torso desnudo, con múltiples tatuajes, se encontraba bajo aquel sol que le hacía brillar. Su pelo estaba recogido en una larga coleta.

Solo tenía que salir corriendo por aquel maldito camino, pero... ¿qué me aguardaba al final del mismo? Una aburrida vida burguesa, llena de mentiras, llena de odio y codicia, “una familia que no te quiere”... me tuve que repetir a mí misma. Por primera vez, dejé al corazón hablar, giré sobre mis pasos y me acerqué al campo de tiro.

— *Vaya, ya has despertado* —me dijo Saito bastante natural cuando se dio cuenta que estaba a su lado.

— *Los disparos me han despertado.*

En ese instante me clavó sus ojos azules, su mirada era seria. Sin decir más, llenó el cargador y se separó unos metros. Sentí un frío terrible cuando observé, atónita, que me apuntaba con su arma, su mirada, ahora gélida, me hizo temblar de miedo. Llevé instintivamente mis brazos al pecho, como si aquello pudiese protegerme. No entendía nada, ¿por qué me apuntaba? ¿No dijo acaso que era mi protector? Quitó el seguro, y al hacerlo, tragué saliva. ¿Aquello sería mi muerte? ¿Así terminaría todo?

Cerré los ojos con fuerza y por primera vez, me puse a rezar. Saito disparó.

Una espesa negrura se cernió sobre mí. No sé cuánto tiempo había pasado, pero al abrir los ojos, enseguida tomé consciencia de la realidad y me llevé las manos al pecho. Estaba tumbada sobre un sofá, me incorporé deprisa y respiré entrecortadamente mientras veía a Saito tan tranquilo a mi lado.

— *Enhorabuena, estás oficialmente muerta.*

Le miré aún aturdida, sin comprender, no tenía ninguna herida, pero recordé enseguida lo que había sucedido. Saito había vaciado su cargador al aire, eso explicaba el mensaje del fax: “encárgate”. Pero no pudo hacerlo y se notaba que era algo que tenía previsto, ya planificado; seguía siendo mi protector. Debí desmayarme del puro miedo justo cuando disparó.

Él seguía mirándome, ahora con una leve sonrisa dibujada en sus sensuales labios. Yo aún no podía articular palabra y Saito prosiguió.

— Pudiste haber elegido el otro camino —dijo acercándose más a mí— Pudiste haber corrido en dirección contraria hacia tu libertad, a salvo, con tu familia, y sin embargo, escogiste seguir siendo mi prisionera, ¿por qué?

Ahora lo vi claro, me había puesto a prueba. Las puertas abiertas, el fax encima de la mesa... mi corazón palpitaba con gran fuerza pero a la vez sentía un terrible vacío.

— Yo... —no supe que decir y en aquel momento mi estómago rugió.

— Tendrás hambre, no digas nada, será mejor que comas antes de que te vuelvas a desmayar. Yo también tengo hambre —dijo mientras señalaba la mesa donde estaba dispuesto el desayuno.

Realmente quería decírselo, quería gritarle que le quería, que deseaba permanecer siempre a su lado, que le necesitaba. Pero era algo tímida y en aquel momento me sentía desfallecer, tenía que comer antes de volver a desmayarme. Él lo hizo conmigo, se sentó enfrente y se sirvió una taza de café. Llevaba una camiseta entallada de color gris y el pelo recogido.

Ahora que podía verle, estaba aún más nerviosa. Casi prefería seguir teniendo los ojos tapados para no tener que ver aquel ser tan prohibidamente atractivo. No sabía qué decirle y estaba claro que él esperaba una respuesta a la pregunta anterior. Me bebí todo el zumo de naranja de un trago.

— Saito yo... prefiero ser tu prisionera antes que serlo de la sociedad en la que vivo. No quiero vivir sujeta a las normas que me han impuesto, atada a una clase de vida que para mí es peor que la propia muerte. No quiero que me manipulen y que me digan lo que debo hacer, lo que está bien y lo que está mal. Tan solo quiero vivir y conocer... el verdadero amor. Eso es lo que...

El ruido que hizo con la silla al levantarse hizo que me detuviera. Sin decir nada Saito se dirigió hacia mí y me tomó la mano para que me levantara. Y sin soltarla, me susurró en el oído.

— Entonces, “vive” conmigo...

Tragué saliva, mis piernas temblaban tanto que Saito tuvo que sostenerme al sentir que iba a caer. Podía sentir mis mejillas ardiendo lo que me avergonzaba aún más, y él me perforaba con sus grandes ojos azules a la vez que sujetaba mis brazos con firmeza. Tan solo pude asentir con la cabeza, con la boca entreabierta, aturdida pero a la vez maravillada por aquella aventura.

— ¿Cuál es... tu nombre completo? —se me ocurrió preguntar, ya que iba a estar con él decidí que era hora de dejar los formalismos a un lado, y él acababa de llamarme por mi nombre.

— Kunitatsu... —se fue acercando a mi rostro—... Saito —terminó diciendo en un grave susurro antes de posar sus labios sobre los míos. Enseguida cerré los ojos, para poder sentir aquel suave y dulce primer contacto. Sin lugar a dudas, el mundo se había detenido bajo nuestros pies. Sentí un repentino calor mezclado con el aroma salvaje que desprendía aquel hombre, mi protector, mi ángel... besándome despacio e increíblemente bien, haciendo que mi frágil cuerpo se estremeciese como si fuese una hoja. Me aferré a su cuello, entre otras cosas, para no caerme, mientras él mantenía sus grandes manos sobre mi cintura, atrayéndome hacia sí. Solo con aquel gesto ya me excitaba y tan solo deseaba que aquel beso no terminase nunca. Entonces él, sin detenerse, entreabrió un poco más la boca, pidiendo permiso a mi lengua para jugar con ella. Las entrelazamos. Igualmente, tuve que respirar fuerte por mi nariz para recuperar todo el aire que me estaba robando, y con él, mi propio corazón.

Tras varios segundos, que a mí me parecieron horas, nos separamos, pero él no dejó de apresarme por la cintura.

— Guau... —se me ocurrió decir, fue algo que me salió sin más, pero debió hacerle gracia, porque sonrió. Luego puso la mano sobre mi cabeza para que me apoyase contra su pecho.

— Siento haberte asustado antes, pero necesitaba comprobarlo. Y lo de ahora, en fin... no soy un hombre que se deje llevar por arrebatos pero... contigo es diferente. Sé que es diferente. Lo veo en tus ojos, no eres como ellas.

— ¿Ellas?

— Del tipo que van buscando, en fin, ya sabes...

— Dinero y sexo. —me aventuré a decir.

— Exacto, dinero y sexo.

— Seguro que has estado con muchas mujeres.

— Pero solo de una me he enamorado. —terminó diciendo mientras me obligaba a mirarle a los ojos. No pude contenerme y le besé, sorprendiéndome de mi propio atrevimiento. —Vaya, si esto es el desayuno, no quiero ni imaginar cómo será la cena.

Ese comentario hizo que me ruborizase aún más.

Terminado el desayuno, junto con aquel "postre" inesperado, Saito se marchó a la ciudad para hacer unos recados y atender sus negocios. Me dijo que era libre de deambular por la casa y utilizar lo que se me antojase. Ahora que sus secuaces no tenían que estar allí, ya era libre para hacer lo que quisiera. Me dejó igualmente los nuevos papeles para que me aprendiese de memoria mi nueva identidad, ya que en definitiva, había vuelto a nacer.

Sin duda, sabía por qué Saito triunfaba con las mujeres, a parte de su físico, claro está. Aquella casa era inmensa, tenía jardín y una gran piscina con jacuzzi, incluso un gimnasio. Se me hizo increíblemente grande en comparación con la pequeña habitación en la que había permanecido varias semanas, a la cual, ya jamás regresé. Se notaba a la legua que su cuenta

no estaba precisamente en números rojos, y además no lo ocultaba. Al marcharse vi que lo hacía en un impecable Aston Martin de color gris.

Ya me imaginaba el tipo de mujeres con las que habría estado, seguramente nada parecidas a mí. Estas irían cubiertas de pieles de animales muertos, con sus tacones de aguja y sus gordos labios pintados de rojo fuerte, con perfumes que más que embriagar seguro que mareaban. También tendrían largas piernas vestidas con medias de marca. Me detuve ante un espejo, mi pelo rojizo estaba revuelto, vestía unos sencillos vaqueros y una camiseta negra, en los pies, deportivas. Al lado de esas yo no desbordaba tanta "feminidad". Quizás eso es lo que le había gustado de mí... ya que dijo que yo no era como ellas. Estaba claro que eran del tipo que solo veían en él una polla y una cartera llena de billetes, y Kunimatsu Saito, era mucho más que eso.

Después de darme una buena ducha, deambulé por la casa y encontré un tocadiscos. Observé la colección de música y... "bingo" me dije sacando un disco de música dance. No tardé ni dos segundos en ponerlo. Entonces hice una de las cosas que más me gustaba hacer, bailar. Y esta vez allí no había nadie para decir: "baja la música", "quita eso", etc...

Al sonar la música, mi cuerpo se transformaba, mi imaginación se disparaba. Ahora, estaba sobre un escenario con múltiples luces y un público que observaba mi actuación. Tenía que dar lo mejor de mí, me puse la mano en la boca a modo de micrófono y comenzó el espectáculo.

No me importaba en absoluto el bailar bien o mal, simplemente, era una liberación, una descarga, algo que me hacía sentir libre. Al llegar el disco a su fin, puse otro y luego otro más.

Había perdido la noción del tiempo y el corazón me dio un vuelco cuando sentí que alguien aplaudía a mi espalda. Había regresado y no me percaté de ello, por lo que fui corriendo a quitar la música, un acto reflejo.

— No, déjala —indicó Saito— Me gusta verte bailar.

— Es... ¿en serio? Vaya, debes de pensar que estoy loca o algo así...

— En absoluto. Además me resulta curioso, vienes de una familia noble y sin embargo no parece que te interesen los lujos.

— Soy feliz con poca cosa, mientras haya cerveza en la nevera y conexión a Internet, no necesito nada más.

— ¿Nada más? —Dijo acercándose, lo cual me puso nerviosa. — ¿No te gustan las joyas o los zapatos?

Entonces me puse los dedos dentro de la boca, en un gesto de querer vomitar. Saito rió.

— Vaya, eres la novia más barata que va a salirme.

Se me congeló la sangre, ¿había dicho "novia"? ¿O entendí mal? Debió de percatarse por mi cara de estupor y lo reafirmó.

— *Has oído bien, a no ser que tú no quieras...*

— *¡No! Quiero decir... ¡sí! ¡Argh!*

— *Eres muy graciosa... —dijo esto mientras me revolvía el pelo, luego cogió unas bolsas— Mira a ver si esto te gusta, tendrás que cambiar un poco de imagen ahora que tienes otra identidad.*

En las bolsas había tinte para el pelo y ropa de estilo gótico.

— *¿Cómo sabes que realmente me gusta...? Además si me cambio a lo mejor ya no te gustaré.*

— *No digas eso, me gustarás de todas formas, tú no eres una persona superficial que se fija solo en las apariencias, ¿verdad? Pues yo tampoco.*

Asentí, tenía razón. Me puse manos a la obra y me encerré en el cuarto de baño dispuesta a cambiar radicalmente mi imagen. Empecé por el pelo, me lo teñí de negro y me corté el flequillo, recto a la altura de las cejas. Me puse unos pantalones negros con botas de caña y un corsé que estilizaba un poco mi figura. Me maquillé los ojos y me pinté las uñas de negro. El resultado me gustaba, me veía mucho mejor, como siempre había deseado ser. Pero ahora tenía miedo que Saito no opinase de igual forma, el cambio era sustancial, sobre todo por el pelo.

Salí despacio del cuarto de baño, quería darle una sorpresa. Le encontré en la cocina, preparando la cena, o más bien, desenvolviéndola pues ya la había comprado hecha. Carraspeé un poco para hacerle saber que estaba ahí, se dio la vuelta. Debí de impresionarle pues casi se le cae una de las bolsas al suelo. Entreabrió un poco la boca y luego adoptó su gesto habitual.

— *Vaya, vaya... mírate, estás preciosa.*

— *¿En serio?*

— *Sí, además el negro te pega mucho más, te resalta más la piel y los ojos.*

En eso no le quitaba razón. Además el negro siempre había sido mi color favorito.

— *¿Qué hay para cenar? —pregunté con curiosidad observando las bolsas.*

— *Espero que no te importe, no creo que seas una chica a la que le gusten las langostas...*

Mi gesto de asco corroboró su deducción. Pero dijo eso porque en las bolsas había hamburguesas, botellas de Coca-Cola y patatas fritas.

— *¡Genial!*

A lo cual Saito volvió a sonreír. Nos sentamos en la mesa.

— *¿Sabes? Si hubieses sido otra persona, probablemente me habrías tirado las hamburguesas a la cara.*

— *Odio a esas pijas de mierda que no saben valorar lo que tienen. Por favor, disculpa mi lenguaje. —entonces vi que Saito meneaba la mano como restándole importancia, ya se había metido media hamburguesa en la boca de un mordisco.*

Cuando terminamos de cenar, Saito se estiró y enseguida sacó un cigarrillo.

— *¿Quieres? —me ofreció.*

A pesar de que no tenía mucha costumbre de fumar, acepté, pues estaba terriblemente nerviosa. Pero en lugar de darme el cigarrillo directamente, Saito lo encendió primero y me lo dio. “Beso indirecto”, pensé de inmediato.

Por largo rato me quedé mirándole embobada, su sensualidad era aún más evidente si cabe mientras fumaba. Lo hacía despacio, soltando el humo lentamente, a veces por su nariz. Hasta la forma de sujetar el cigarrillo lo hacía ver aún más atractivo, y se notaba que lo hacía de forma natural.

Sensual. Prohibido.

Con gran parsimonia, apagó el cigarrillo a la vez que hablaba.

— *Si sigues mirándome así, no creo que pueda contenerme.*

— *No lo hagas —solté de inmediato. Fue algo que dije de forma automática, realmente me estaba provocando.*

Entonces lo hizo, me cogió en brazos como si nada y me llevó directo a su dormitorio. Debí de percibir mi nerviosismo y mi temblor, pero no dijo nada. Me depositó en la cama con cuidado y él se quedó un momento de pie. Al ver que se quitaba la camiseta, dejando su perfecto torso tatuado al desnudo, tragué saliva. También su largo pelo se había desatado, quedando ahora suelto. En aquel momento, me sentí como una pequeña gacela a punto de ser devorada por un león.

Ya no podía sentir el aire flotando en aquella habitación, ni siquiera mi propia respiración, pues él me la estaba robando. Y a pesar de haberme desnudado, su mirada no era en absoluto depravada ni denotaba perversión alguna. Kunimatsu Saito era ante todo, un caballero, y no daría el siguiente paso si yo no le daba indicios para ello.

¿Cómo lo hacía? ¿Cómo era posible que fuese tan dulce y tan salvaje al mismo tiempo? Cuando me quise dar cuenta, ya estaba sobre mí devorando mis labios, haciendo que mi cuerpo se encogiese, haciéndose diminuto entre sus grandes brazos que en aquel momento me apresaban.

Cuando era tan solo una niña, no podía imaginarme todo aquello, por aquel entonces él simplemente me abrazaba en la cama y así pasábamos la noche, abrazados y charlando como amigos. Aún vivía en la inocencia...

Pero ahora sentía algo que por aquel entonces no podía sentir. Un ardor indescriptible, un volcán a punto de hacer erupción. Encogí mis piernas, temblaba, algo que no pasó desapercibido ante mi protector.

— *¿Estás nerviosa?* —susurró con voz grave mientras mordisqueaba y lamía mi cuello.

Me aferré aún más a él y fui sincera.

— *Nerviosa y excitada. Joder, moriré si no me acaricias pronto...* —solté. Ante lo cual, Saito reaccionó con una sonrisa burlona.

— *Yo también.*

Me sorprendió su respuesta, pero quedó patente tras lo que vino a continuación. Saito se puso sobre mí apoyándose sobre los codos, mis piernas rodearon su pelvis y él descendió, frotando su erección contra mi volcán a punto de estallar. Solo con eso de mi garganta salió un sonoro gemido de placer a la vez que todo mi cuerpo se convulsionaba. Y aquella "tortura" no había hecho más que comenzar.

Dejando a un lado las sutilezas, mis senos quedaron ya atrapados ahora entre sus grandes manos mientras continuaba con ese vaivén de sus caderas, provocándome aún más. Y claramente él se sentía también muy excitado. Su boca pasaba de mi cuello a los labios, de estos otra vez al cuello y de ahí a mis senos, lamiéndolos y mordisqueándolos como si de ello dependiese su vida. Lo hacía mientras yo me mordía el labio, indefensa y sin escapatoria posible ante aquella bestia hambrienta.

Me devoraba, en todos los sentidos de la palabra, haciendo que mi razón se perdiese en el más profundo de los océanos. Y cuando por fin, deslizó sus dedos por mi torrente de humedad, me abracé aún más fuerte a su espalda. Creo que agradeció que no llevase las uñas largas, porque de haberlas tenido, le habría hecho más cicatrices de las que ya tenía. Así, me dejé llevar por aquellas caricias, primero superficiales, luego más profundas. Ya no podía aguantar más tiempo y finalmente, el volcán entró en la que sería su primera erupción.

Grité su nombre, no solo hacia él, sino también al cielo, por haberme permitido amar a aquel ángel que me había secuestrado.

Dayu dejó un instante la lectura.

— *Vaya, esta parte sí que ha sido excitante...* No me extraña que estuviese loco por ella.

De nuevo bajó la vista hacia el diario y continuó con ávido interés. Al parecer ya quedaba poco.

En este momento fue cuando sentí la necesidad imperiosa de querer corresponderle, algo que él dedujo enseguida. Se puso de rodillas sobre mí, tenía justo delante aquel tatuaje de su abdomen: un corazón atravesado por un puñal, cubierto a su vez por una enredadera de espinas. El filo de aquel puñal señalaba el lugar. Comencé a lamerle despacio, partiendo desde aquél provocador tatuaje hasta abajo. Su perfecto abdomen se encogía y sentí como se

retiraba su larga melena azabache hacia atrás, le miré un momento antes de engullir por completo su masculinidad, la cual tenía el sabor de la misma gloria.

Mientras degustaba aquel prohibido bocado podía escuchar perfectamente sus gemidos, lo cual significaba que iba por buen camino. Ahora él, era mi prisionero. Su respiración era cada vez más acelerada, contraía el abdomen y mantenía una gran mano en una de mis mejillas, hasta que la deslizó suavemente hasta mi nuca, aferrándose el cabello e instándome a ir más rápido, había llegado al límite.

No me separé e hice que eyaculase sobre mi garganta, pues quería probar su delicioso y caliente néctar. Aún jadeante, me elevó a su altura, quedando ambos de rodillas sobre la cama, me abrazó a la vez que posaba sus labios sobre los míos.

Aquella noche, en la que Saito me hizo suya, cambiaron nuestras vidas.

“18 de Septiembre de 1994, Noriko Hayashi.”